

El último caballo

Edgar Neville. España. 1950. 74 min. ByN. v.o.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *El último caballo*.

Nacionalidad: España. **Año de producción:** 1950.

Dirección, guión, Producción y productor: Edgar Neville.

Fotografía: César Fraile.

Montaje: Gaby Peñalba.

Ayte. de dirección: Enrique F. Sagaseta.

Música: José Muñoz Molleda.

Sonido: Ramón Arnal.

Maquillaje: José Echevarría, Rodrigo Gurrucharri.

Decorados: Sigfrido Burmann.

Intérpretes: Fernando Fernán Gómez, Conchita Montes, José Luis Ozores, Julia Caba Alba, Mary Lamar, Julia Lajos, Fernando Aguirre, Manuel Arbó, Manuel Aguilera, Rafael Bardem, Antonio Ozores.

Duración: 74 min. **Versión:** v.o.e. ByN.

SINOPSIS

Después de terminar la mili en el cuerpo de caballería, Fernando decide comprar a Bucéfalo, el caballo que ha sido su compañero durante ese tiempo y regresa a Madrid con el animal. Pero la ciudad se ha transformado tanto que ni siquiera encuentra una cuadra ni tiene tiempo para atenderlo. Así las cosas, tendrá que buscar alguna solución.

COMENTARIO

La lucha del hombre contra la máquina, contra los nuevos tiempos, expuesta por Chaplin en esa obra maestra indiscutible del séptimo arte que es *Tiempos modernos* (1936, Charles Chaplin), es reproducida de una forma un tanto peculiar por Edgar Neville, quien construye un relato a veces costumbrista, a veces neorrealista, en ocasiones surrealista e incluso esperpéntico, en la inclasificable y magnífica *El último caballo*.

El último caballo es un film sobre la nostalgia de un tiempo pasado, ajeno a los avances tecnológicos y a la polución de las grandes ciudades, en el que los hombres eran más felices y la vida distaba de ser algo complejo y amoral, donde el dinero no lo era todo y las relaciones humanas gozaban de una estrechez que se ha ido perdiendo. El caballo del protagonista, Fernando (un excepcional Fernando Fernán Gómez), simboliza todo esto, un mundo que ya no volverá por la acción imparparable y devastadora del tiempo.

Desde la primera secuencia, donde se anuncia a unos soldados que acaban de cumplir con el servicio militar, entre ellos Fernando, que el Cuerpo de Caballería va a ser modernizado y por tanto los caballos desaparecerán en pos de vehículos motorizados, el film dejará constancia en multitud de elementos que el mundo tal cual lo ha conocido Fernando está en vías de extinción. Pero éste, cual cowboy de película de Sam Peckinpah, se resigna y se resiste a dar por finiquitado el mundo que ha conocido, por lo que decide gastarse los ahorros con los que pretendía casarse con su novia y comprar a su caballo (y amigo) Bucéfalo para evitar así que sea pasto de las corridas de toros.

Pero el caballo no será bien recibido por el mundo que Fernando no acepta, simbolizado en un moderno Madrid de los años 50 en el que ya no existen cuadras donde pueda dormir Bucéfalo, como tampoco por su novia (personaje psicológicamente hablando en las antípodas de Fernando). Tan sólo el fiel amigo de éste, un magnífico José Luis Ozores quien interpreta a un bombero, acepta y comprende la relación de amistad que une a Bucéfalo con su dueño y se prestará a ayudarlo, creando con ello algunas de las situaciones más divertidas del film, como aquélla donde su jefe descubre las heces de Bucéfalo en el parque de bomberos.

La película es un completo divertimento plagado de secuencias magistrales y divertidísimas, donde las miserias cotidianas de unos tipos comunes se fusionan prodigiosamente con la comedia en un brillante ejercicio deudor del realizado por el maestro Charles Chaplin a lo largo de toda su carrera (que no por casualidad, era amigo de Edgar Neville, hasta tal punto que éste llegó a participar como actor de reparto en *Luces de la ciudad* [1931]). El guión construido por el propio Neville está confeccionado por una magnífica hechura, donde cada elemento y secuencia encajan a la perfección y todos los personajes están presentados, descritos e insertados de forma admirable dentro del marco común a todos ellos: el Madrid de la posguerra.



El último caballo también funciona a este nivel, como maravilloso trabajo documental del Madrid de la época, cuyas imágenes sirven a modo de postales y podemos con ellas viajar en el tiempo desde nuestro sillón para poder ver lo que ya no existe, o no al menos de la misma manera. Las panorámicas de la cámara de Edgar Neville nos conducen así hasta el Parque del Retiro, la Plaza de Cibeles, la Cava Baja o la Plaza de las Ventas. Al mismo tiempo que Fernando nosotros mismos también somos testigos de que hoy habitamos un Madrid, quizá una época, que no es el de antaño, donde esa Gran Vía maravillosa plagada de cines que es cabalgada por Fernando a lomos de Bucéfalo ha sido sustituida por otra en la que predomina el consumismo más devastador, en detrimento de la cultura. El retrato de ese Madrid antiguo nos sirve para identificarnos con Fernando Fernán Gómez y gritar, junto a él, José Luis Ozores y Conchita Montes aquello de: "¡Abajo los camiones!, ¡Viva la vida antigua!". Y ya de paso, también: ¡Viva el cine español!

EDGAR NEVILLE

Pionero del hockey sobre hielo, diplomático haragán, voluntario en la Guerra de África, conde con inclinaciones republicanas, espía de los insurgentes durante la Guerra Civil, escritor de filiación vanguardista, renovador del teatro de posguerra, cineasta de culto... La poliédrica personalidad de Edgar Neville ha fascinado por igual a los investigadores y a los aficionados, especialmente a aquellos que se aproximaban a su singular obra cinematográfica. Su esquivada biografía, preñada de enigmas y hábilmente reescrita por el propio Neville tras su controvertida actuación durante la Guerra Civil, ha lastrado sin embargo el

conocimiento de su cine, limitado, en el mejor de los casos, a las cinco o seis películas más conocidas (y por extensión más apreciadas) de su rica filmografía.

Su peripecia vital, en todo caso, tiene interés por sí misma. Neville se distinguió, a lo largo de toda su vida, por estar siempre en el meollo de los principales movimientos artísticos y culturales, siempre en contacto con las figuras más relevantes de su tiempo. Su linaje nobiliario, su condición de madrileño, esencial para entender su obra y su propia personalidad, y el hecho de crecer en paralelo a la propia ciudad, que tras la Gran Guerra se desperezó hasta transformarse en una gran capital europea, facilitaron de hecho su penetración en los círculos artísticos más exclusivos y relevantes de la urbe. Neville fue uno de los privilegiados "robinsones poéticos", que diría Ortega, que poblaron la Sagrada Cripta de Pombo presidida por el sin par Ramón Gómez de la Serna. Pero también fue amigo personal del autor de *La deshumanización del arte*, de quien aprendió a valorar la rica herencia cultural y artística española. Durante su trayectoria vital, Neville se fue cruzando con los principales creadores e intelectuales del país, y de todos ellos aprendió algo. Federico García Lorca, Luis Buñuel, Ernesto Giménez Caballero, Wenceslao Fernández Flórez, Carlos Arniches, Manuel Azaña, Miguel Mihura, Enrique Jardiel Poncela, José López Rubio, "Tono", José Gutiérrez Solana, Salvador Dalí, Dionisio Ridruejo... De algún modo, la biografía de Neville es una certera radiografía de unos de los momentos más brillantes de la cultura española. Pero además, el madrileño fue también testigo de excepción de uno de los momentos más cruciales de la Historia del Cine: la transición del mudo al sonoro, que Neville vivió en el mismo Hollywood.

En su doble etapa americana entre 1928 y 1931, el madrileño trabó amistad con la élite de la industria, especialmente con Charles Chaplin y Douglas Fairbanks, y llegó a colaborar profesionalmente con figuras de referencia como Ernst Lubitsch e Irving Thalberg. Un aprendizaje que sería crucial para entender su obra cinematográfica.

Porque esta convulsa y en ocasiones esquivada trayectoria vital marcó a fuego la filmografía de Neville. Durante la Segunda República, el madrileño se reveló como una de las principales promesas del cine nacional, con una tras-

cedente participación en *La travesía molineira*, de Harry d'Abbadie d'Arrast, la joya perdida de la cinematografía republicana, y una serie de películas y cortometrajes ciertamente valorados por la crítica de la época.

La Guerra Civil frenó la progresión del cineasta, que entre 1936 y 1941 orientó toda su producción literaria y cinematográfica a purgar su pasado político y hacerse un hueco en la "Nueva España" del general Franco. Pero ya en la posguerra, y especialmente tras su esencial mediodía *Verbena*, alcanzó Neville una madurez como cineasta que le permitió integrar de manera natural y equilibrada todas las influencias que había ido absorbiendo durante su trayectoria vital. Así, el cine de Neville se define por la fusión entre un marcado espíritu vanguardista, que asimila bajo la tutela de Ramón Gómez de la Serna; un casticismo asentado en la más arraigada herencia cultural española, filtrado por Ortega y Gasset y que se refleja en su obra en unos invariantes reconocibles; y una sumisión a los esquemas del cine clásico de Hollywood, que sirven de argamasa para integrar las otras vías de influencia.

Pero además de poseer un estilo propio y definido, Neville destaca por su capacidad para integrar las innovaciones del panorama cinematográfico internacional, para evolucionar en paralelo, y no detrás, del cine de Hollywood. Algo que logró por su conocimiento del medio y por su contacto permanente con cineastas foráneos, como Jean Cocteau o George Cukor. Un cineasta, este último, a quien incluso remitió una versión en inglés de *La vida en un hilo*, retitulada como "Life", con el evidente objetivo de producir una adaptación hollywoodiense. Este contacto con el exterior, este "estar al día" del que hacía gala Neville, le permitió erigirse en una auténtica vanguardia local, lo que unido a su singular y unívoca propuesta cinematográfica influyó de manera decisiva en la obra de otros cineastas de relieve de generaciones posteriores, singularmente Fernando Fernán-Gómez y Luis García Berlanga. Pero además también le permitió anticipar el trayecto que habría de seguir la cinematografía nacional para alcanzar la modernidad.

Christian Franco Torre, autor del libro *Edgar Neville. Duende y misterio de un cineasta español*, Ed Shangrila, Santander, 2015.